

Cuando yo comencé a pensar en las lecturas de hoy y acerca del contexto de la primera lectura y el Evangelio, pensé acerca de muchos de ustedes y acerca de otros que han buscado hacer una vida nueva en este país. Durante los años de cuando Obama era presidente, nosotros seguimos a esperar que nuestros sueños pudiesen ser cumplidos y parecía como si, después de todo, que nuestros sueños podían convertirse en realidad: el 20 de Noviembre de 2014 un titular de la noticia fue: «Obama lo Va Sólo, Escudando a hasta 5 millones de Inmigrantes de la Deportación». Ese titular anunció su acción ejecutiva, creando DACA, o Aplazado Acción para Llegados en Infancia. Había grandes esperanzas para acción adicional. Ahora esas esperanzas han sido frustradas, y hay decepción y confusión y miedo; y aunque esta cuestión específica no afecte a todos nosotros personalmente, todos nosotros—hermanos y hermanas en Cristo—dolemos cuando uno de nosotros duele.

En la lectura de la Escritura de hoy tanto Jeremías como Jesús se sienten traicionados. Seguramente la profesión de fe de Pedro, la cual oímos el domingo pasado, «Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo», debe haberle dado a Jesús gran esperanzas y debe haberlo llenado de emoción. Como ustedes recuerdan, Jesús respondió:

Feliz eres, Simón Barjona, porque esto no te lo ha revelado la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los Cielos. Y ahora yo te digo: Tú eres Pedro (o sea Piedra), y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia; los poderes de la muerte jamás la podrán vencer.

Jesús debe haber sido pensando: «Al menos Simón, mi amigo íntimo, entiende quien soy y cuál es mi misión en este mundo. Ah, ahora puedo decirle a él y a los otros más». Y como escuchamos hoy, comenzó a decirles acerca de los eventos que vendrían. Entonces Simón Pedro, de todos sus amigos, Pedro el portavoz, le dijo, «No lo permita Dios, Señor». Pedro le está diciendo estas palabras a Jesús, quien más tarde cayó en su rostro en el Huerto y suplicó, «Padre, si es posible, que esta copa se aleje de mí. Pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú» (San Mateo 26:39). No es extraño que cuando Pedro le dijo, «Eso no te puede suceder a ti», le dijo Jesús, «¡Apártate de mí Satanás, y no intentes hacerme tropezar en mi camino, porque tu modo de pensar no es el de Dios, sino el de los hombres!» Uno de los amigos más íntimos de Jesús le estaba tentando a abandonar la voluntad de Dios. La emoción y el entusiasmo de Jesús ahora han sido aplastados.

Dios le había dicho a Jeremías, al principio de su ministerio, «No tengas miedo porque estaré contigo para protegerte» (Jeremías 1:8). ¿Qué ha pasado? Para hacer y decir lo que Dios pedía de él, fue golpeado, burlado, y arrojado en la cárcel. No es de extrañar que Jeremías se lamentó,

Me sedujiste, Señor, y me dejé seducir;
fuiste más fuerte que yo y me venciste.

Éstas son las palabras del profeta Jeremías que oímos en la primera lectura de hoy, pero hay más:

Ay de mí, ¡madre mía!, ¿por qué me diste a luz? [él gritó].
Soy hombre que trae líos y contiendas a todo el país.
No les debo dinero, ni me deben;
 ¡pero todos me maldicen!
Di, Yavé, si no te he servido bien:
 ¿no intercedí ante ti, por mis enemigos,
 en el tiempo de la desgracia y de la angustia?
Tú lo sabes.
Yavé, acuérdate de mí y defiéndeme y véngame de mis perseguidores
(Jeremías 15:10-11,15).

Hemos escuchado las palabras de otros cuyas esperanzas han sido aplastadas.

¿Cómo perduramos? Cómo perduraron? Confiando a Dios, a pesar de toda evidencia, aguantarnos arriba aún en el peor de los tiempos. A Jeremías Dios le dijo,

. . . no desfallezca su corazón ni se asuste por las noticias
 que circularán por el país,
pues un año correrá un rumor, al año siguiente, otro;
la violencia se impondrá en el país y un tirano derrocará a otro.
Pues bien, ya se acercaron los días en que voy a castigar a
[aquellos que te oprimen] se [avergonzarán] . . . (Jeremías 51:46-47).

Debemos seguir esperando; debemos seguir soñando. En las palabras de nuestro salmo para hoy:

Mi alma está sedienta de ti, Señor, Dios mío.
Tu gracia vale más que la vida,
te alabarán mis labios.

Toda mi vida te bendeciré
y alzaré las manos invocándote.
Me saciaré como de enjundia y de manteca,
y mis labios te alabarán jubilosos.

Porque fuiste mi auxilio,
y a la sombra de tus alas canto con júbilo;
mi alma está unida a ti,
y tu diestra me sostiene.

Mi alma está sedienta de ti, Señor, Dios mío.